

beza no pondría yo mis manos en una copa de agua caliente y tú atravesarías una hoguera!» Pero el arzobispo de Sens le hace callar. Alaba delante de todos el celo de Guillermo y su ardor en defender la santa virgen. «En cuanto al obispo calumniador, añade á guisa de moraleja el autor de la *Vida de San Guillermo*, su crimen no quedó impune. Algunos años después, envuelto en toda suerte de acusaciones, fué arrojado de su sede episcopal y terminó su vida miserable por una muerte que no lo era menos.»

Estos detalles nos parecen hoy de escaso interés para la historia de Francia; entonces apasionaban á las gentes. Para ellos no había más importante suceso que una exposición ó traslación de reliquias, ó algún milagro obrado sobre la tumba de un apóstol ó santo, ó un debate relativo á la posesión de un cuerpo sagrado. Cuando los barones franceses y venecianos tomaron á Constantinopla en 1204, Francia entera se llenó de alegría. ¿Se regocijaba porque un imperio latino substituía al imperio griego y porque los señores feudales creaban á orillas del Bósforo y del mar Egeo una segunda Francia? La causa de la alegría era que caballeros y peregrinos iban á volver con sus partes de un botín sagrado, procedente del saqueo legal de las iglesias bizantinas.

El primer emperador latino de Constantinopla, los obispos que habían tomado parte en la expedición y el legado del Papa enviaron á Roma, á los soberanos de Occidente y á las principales iglesias de Italia, de Alemania y de Francia, reliquias conocidas y autenticadas. Dos prelados franceses, Garnier de Traînel, obispo de Troyes, y Nivelon de Chérizi, obispo de Soissons, estuvieron sucesivamente encargados de la distribución general. Los objetos enviados venían sellados con un sello imperial ó con un sello de obispo, y acompañados de un crisóbulo (carta del emperador sellada con bula de oro) atestiguando, como un proceso verbal de autenticidad, el valor de la reliquia. Se había comprendido la necesidad de introducir orden en la operación, protegiendo contra fraudes la opinión popular demasiado fácil de engañar. Los emperadores latinos, por lo demás, procurábanse dinero con las reliquias. Bajo el reinado del emperador Enrique de Flandes, un banquero de Lyon, Pedro de Chaponai, sirvió de intermediario para esta clase de comercio entre el Imperio y los particulares.

Al lado de los envíos oficiales, las expediciones de reliquias, con carácter más ó menos clandestino, se hicieron sin interrupción durante todo el reinado de Felipe Augusto. Cada recepción de reliquias importantes venidas de Oriente, daba lugar á una gran fiesta. Los fieles acudían á ella desde muy lejos, y el recuerdo de dichas fiestas se perpetuaba en los años siguientes por medio de una solemnidad conmemorativa. Se ganaban en ellas indulgencias ó remisiones de penitencia y se verificaban milagros. El día de la recepción solemne de las reliquias destinadas á la abadía de Nuestra Señora de Soissons (el 25 de junio de 1205), un obispo recobró la vista. Cuando se celebró la traslación de las reliquias de santo Tomás, un carpintero, que no queriendo guardar la fiesta, había permanecido en su casa trabajando, murió súbitamente.

Las peregrinaciones, con frecuencia peligrosas, de los buscadores de reliquias daban lugar á relatos pintores-

cos que pasaban de una á otra provincia para edificación de todos. Un clérigo de la diócesis de Amiéns, llamado Galón de Sartón, se desolaba por no poseer ninguna insigne reliquia que llevar á su país natal. Después de una expedición á Licia, fué nombrado canónigo de la iglesia de San Jorge de Mangana en Constantinopla. Un día descubre cerca del muro de la iglesia un escondrijo donde habían ocultado los griegos multitud de objetos preciosos. Contenía dos cajitas de plata con inscripciones en letra griega. Se las lleva como un ladrón á su cuarto, sin decir nada á nadie, y se convence en seguida de haber puesto la mano sobre un tesoro. Los relicarios encerraban la cabeza, un brazo y un dedo de San Jorge y la faz de San Juan Bautista. «Puede calcularse, dice el autor del relato, la alegría que inundó su corazón. Vende á pedazos los relicarios; coloca las reliquias en dos sacos que ata sobre sus brazos y se embarca (30 de septiembre de 1206). Al cabo de un mes llega á Venecia, atraviesa la Lombardía y los Andes y escapa á todos los peligros; pero en la diócesis de Belley es detenido dos veces por bandidos y obligado á rescatarse para que no le registren. Todavía temía más á las gentes del obispado de Belley. Los habitantes de este país estaban orgullosos con la posesión de un dedo de San Juan; ¿qué harían si conocieran el paso entre ellos de un pobre clérigo que llevaba casi entera la cabeza del santo? A pesar de estas crueles sospechas, Galón acabó por llegar sano y salvo á Picardía. Su entrada en Amiéns fué un triunfo. El obispo Ricardo de Gerberoi, con todo su clero y todo su pueblo, salió al encuentro de aquel que aportaba á la catedral este regalo inapreciable: el rostro de San Juan Bautista. El peregrino entregó la cabeza de San Jorge á la abadía de Marmoutier; el brazo del santo á la colegiata de Picquigni, de donde era canónigo, y el dedo á la iglesia de Sartón, su ciudad natal.

No solamente las reliquias, sino también los vivos hacían milagros. Una boyera de Cudot, en el país de Sens, Alpais, resiste sin comer diez años: vive sin alimentarse, su cuerpo es de una prodigiosa delgadez y su rostro de una belleza angelical. En ocasión de las grandes solemnidades religiosas se arrebata en éxtasis; conducida por un ángel, se pasea por los espacios celestiales: al cabo de algunos días vuelve en sí y le parece descender nuevamente á las tinieblas; ve á distancia y predice el porvenir. El cronista de Saint-Marien de Auxerre, que en diferentes ocasiones ha hablado con ella, queda estupefacto de la ciencia y del lenguaje de esa muchachuela educada en los campos. La virtud divina se manifestaba por igual en otra vidente, por nombre Matilde, de que habla la *Crónica anónima de Laón*. Entre los taurmaturgos más famosos de la época dos hombres desempeñaron un papel histórico, dos predicadores de cruzada: Eustaquio, abad de Saint-Germer-de-Flai, y Folco, cura de Neuilli.

El abad de Saint-Germer había revelado al rey Enrique II Plantagenet una visión por la que se predecía la muerte prematura de sus dos hijos mayores. Encargado de predicar en Inglaterra la cuarta cruzada, siembra, como San Bernardo, los milagros por su camino. Le basta bendecir una fuente para que devuelva la vista á los ciegos, la palabra á los mudos, los movimientos y la salud á los enfermos. Llegado á una ciudad falta

de agua, en medio del pueblo convocado en la Iglesia, hiere una piedra con su bastón y corre el agua maravillosa curando todas las enfermedades. En Londres trata de reformar las costumbres: prohíbe vender en domingo, y quiere obligar á los burgueses á practicar la caridad. Celosos de su éxito, los clérigos de Inglaterra lo encuentran inoportuno. Le fuerzan á volver á Francia, gritando á espaldas de él: «¿Por qué vienes á segar la cosecha de los otros?»

Folco de Neuilli no poseía solamente la elocuencia que arrastró las muchedumbres á la guerra santa: los cronistas franceses é ingleses afirman que curaba los ciegos, los sordos, los mudos y los paralíticos, por la plegaria y la sencilla imposición de manos. Nos muestran al santo, en Lissieux, reprochando al clero de esta ciudad su vida poco regular; los clérigos lo prenden y lo encierran en la cárcel con los grillos en los pies, pero Folco se liberta por sí mismo y corre á predicar en Caén, donde asombra á las turbas con la magnitud del milagro. Los guardianes del castillo de Caén, creyendo ser agradables á su dueño el rey de Inglaterra, lo encierran y encadenan de nuevo. Pero el santo sale otra vez de su calabozo y prosigue su vida errante.

Este hombre extraordinario transformaba las mujeres de mala vida en madres de familia edificantes, los usureros de las ciudades en pródigos, obstinados en dar todos sus bienes á los pobres. «Estos milagros, dice el cronista Roger de Howden, no eran los menos asombrosos.»

En el mes de junio de 1212 (1) un pastorcillo de Cloyes, cerca de Vendôme, por nombre Esteban, tuvo una visión como el carpintero de Pui. Dios, en figura de pobre peregrino, le pidió un trozo de pan y le entregó una carta donde le mandaba ir á libertar el Santo Sepulcro. Poco después, en el momento en que el pastor sacaba sus corderos de un campo, los vio arrodillarse delante de él, pidiendo gracia. ¿Se trataba, pues, de una misión divina en lo que acababa de confiarsele? Dióse á recorrer el país, lanzando el grito de la cruzada: «¡Señor Dios, liberta la cristiandad! ¡Señor Dios, devuélvenos la verdadera cruz!» Como por todas partes hiciera milagros, se le unieron otros pastores, y bien pronto una turba de niños, de edad á lo más de doce años, le tomaron por jefe de cruzada. La *Crónica de Laón* pretende que llegó á reunir cerca de treinta mil bajo sus órdenes; otros niños, inspirados como Esteban, se habían levantado en diferentes puntos de Francia (así aparecieron muchas Juanas de Arco en el siglo xv), y las bandas reunidas al principio alrededor de cada uno de esos jóvenes profetas, se unieron en seguida bajo el mando único del pastor de Cloyes. Si hemos de escuchar á un monje de San Medardo de Soissons, innumerables cantidades de peces, ranas, mariposas y pájaros emigraron en este momento del lado del mar, y una multitud de perros reunidos cerca de cierto castillo de

(1) Los historiadores han negado la realidad de uno de los acontecimientos más increíbles de esta época, la cruzada de los niños en 1212. No han visto en ello más que la encarnación de una leyenda popular. La ciencia ha demostrado, sin embargo, que este episodio extraño era verdadera historia. El movimiento se corrió por contagio de Francia á Alemania: los niños alemanes hicieron su cruzada como los niños franceses, en la misma época y bajo el mismo impulso.

Champaña se dividieron en dos campos para librarse una furiosa batalla, á la que sobrevivieron muy pocos. Estas señales eran anuncio de grandes acontecimientos.

¿Cómo pudo formarse y organizarse este ejército de niños, á pesar de la resistencia de los padres y del clero? A los que les preguntaban dónde iban, respondían: «Hacia Dios.» Y la muchedumbre se les mostraba favorable. Creía en el milagro de Esteban, convencida de que Dios manifestaba su voluntad en esas almas inocentes, y que su pureza debía rescatar los pecados de los hombres; por allí por donde pasaban, los habitantes de las villas y los burgueses les entregaban provisiones y dinero. Se agolpaban á su paso para ver al jefe de los pastores, al enviado de Dios; se disputaban como reliquias uno de sus cabellos ó un trozo de sus vestidos. La autoridad terminó por conmoverse; sin embargo, Felipe Augusto, después de haber consultado el parecer de los prelados y catedráticos de la universidad de París sobre este prodigio, ordenó á los niños el regreso á la vivienda paternal. Una parte de entre ellos obedeció. El mayor número resistió.

Inocencio III se contentó con decir: «Estos niños nos avergüenzan: mientras nosotros dormimos, ellos se encaminan alegremente á la conquista del Santo Sepulcro.» No podía desaprobar la empresa. Roma enviaba cada año predicadores que por los suburbios, las plazas públicas y las iglesias predicaban la cruzada. Bajo el pontificado de Inocencio III, el ardor y la intensidad de semejante propaganda hacía febriles las imaginaciones. Las mujeres y los niños, sobre todo, se exaltaron. El cronista Alberto de Stades cuenta que en Lieja centenares de mujeres se retorcián en convulsiones extáticas.

El ejército del pastor de Cloyes no continuó compuesto de niños únicamente. Sacerdotes, campesinos, comerciantes y aun aventureros, gente maleante que bullían en todas las cruzadas, se le unieron. Finalmente, multitud de mujeres y doncellas les acompañaban. Los combatientes de Cristo, cuyo número crecía cada día, llegaron á Marsella. A la cabeza de ellos iba el niño maravilloso, Esteban, en un coche ricamente engalanado y rodeado de una guardia de corps. Detrás caminaba la muchedumbre de peregrinos y peregrinas.

Los cruzados se habían entendido con los armadores marseleses Hugo Ferri y Guillermo de Porquères, que se habían declarado prontos, «por la gloria de Dios,» á transportarles á Siria, y que les procuraron siete bajeles donde los amontonaron. Dos chocaron cerca de Cerdeña, en la isla de San Pietro, y desaparecieron con sus pasajeros. Los otros fueron conducidos por los armadores á Bujía y después á Alejandría. Estos comerciantes tenían el intento sencillo de vender á sus peregrinos en el mercado de los esclavos. Millares de ellos se encontraron de esta manera transportados á la corte del califa, y entre ellos cuatrocientos clérigos. «Fueron tratados allí muy dignamente, dice el cronista Aubri de Trois-Fontaines, porque este califa había hecho sus estudios en París á propósito de los clérigos.»

Los dos traidores, Ferri y Porquères, no permanecieron impunes. En la guerra que el emperador Federico II hizo diez y siete años después á los sarracenos de Sicilia, los dos mercaderes habían armado un complot para vender el emperador al principal emir siciliano. Pero le tocó

al emir ser prendido y degollado por los alemanes. Se degolló á sus cómplices en la misma horca. En 1229, cuando Federico II concluyó un tratado con el sultán Al-Kamil, hizo poner en libertad un cierto número de los desdichados de 1212. Uno de ellos contó que sus compañeros de infortunio no habían sido libertados en totalidad. Quedaban todavía 700 al servicio del gobernador de Alejandría.

III.—*Sintomas de un nuevo espíritu. Los ataques contra la fe y contra la Iglesia* (1)

La gran masa de la población francesa conserva iguales costumbres religiosas y morales que en tiempos de la primera cruzada, pero ciertos indicios demuestran que se prepara un cambio. Aparecen las disidencias cada vez más vivas y numerosas, y el respeto á los sacerdotes tiende á debilitarse. La muchedumbre permanece creyente en vano: la oposición religiosa y aun el espíritu laico se desenvuelven en cierto medio. Ya hemos visto cómo una gran parte de la Francia del Mediodía, separada aún del cristianismo, había roto la unidad religiosa de Europa. ¡Y cuán violento esfuerzo no habían de hacer para restablecerla la Iglesia y el feudalismo! Pero aun en la Francia del Norte se multiplicaban los focos de herejía: se les encuentra en Arras en 1183, en Troyes en 1200, en la Charité-sur-Loire en 1202 y en Braine en 1204. Los más ricos países, los más comerciales, los más abiertos á la cultura intelectual, Flandes y Champaña, son precisamente aquellos en que las doctrinas heterodoxas se propagaban con mayor facilidad. Los poderes públicos aplican á la herejía la pena del fuego, que llega á adquirir legalidad, pero sin lograr que cesaran los ataques infligidos á la tradición y á la fe.

Por otra parte, los teólogos y filósofos de la gran escuela parisiense de Nuestra Señora, corporación ya organizada que llegó á constituir la universidad de París, hacen uso de sus privilegios y de su independencia para emanciparse. Abiertamente llegaba á la escuela la herejía. Un profesor de artes convertido en teólogo, Amauri de Bènes ó de Chartres, había enseñado públicamente que cada cristiano era un miembro de Cristo, y por consiguiente una parte de la divinidad, llevando hasta el extremo rigor la aplicación de su panteísmo. Los teólogos ortodoxos se conmovieron. Amauri, atacado y condenado por sus colegas, se vió obligado á explicarse ante el papa, que condenó su doctrina. De vuelta á París hizo su sumisión ante los universitarios reunidos; y murió poco después, reconciliado en apariencia con la Iglesia. Sus opiniones le sobrevivieron.

El panteísmo de Amauri de Chartres, propagado y hasta exagerado por sus discípulos, dió origen á una nueva religión: la del Espíritu Santo. Enseñaba que el Nuevo Testamento, que había suplantado al Antiguo, había caducado á su vez: después del reino del Padre y

(1) OBRAS DE CONSULTA.—C. Jourdain, *Mémoire sur les sources philosophiques des hérésies d'Amauri de Chartres et de David de Dinant*, en las *Excursions historiques et philosophiques à travers le Moyen âge*, 1888. H. Kroenlein, *Analrich von Bena und David von Dinant*, en los *Teologische Studien*, año 1847. Hauréau, *Mémoire sur la vraie source des erreurs attribuées à David de Dinant*, en las *Mémoires de l'Académie des Inscriptions*, tomo XXXVII, segunda parte. E. Renan, *Averroès et l'Averroïsme*, 1867.

del Hijo iba á comenzar el del Espíritu. Siendo cada cristiano una encarnación del Espíritu Santo y una partecilla de Dios, se hacía inútil el sacramento. La gracia del Espíritu bastaba para la salvación de todo el mundo. Esta doctrina, nacida en la universidad, se propagó rápidamente. En 1210 el obispo de París y el canciller de Felipe Augusto hermano Guerin, descubrieron á los sectarios. Casi todos eran profesores ó estudiantes de Teología, diáconos ó sacerdotes. Uno de ellos, David de Dinant, que había redactado un manual de la doctrina, supo huir á tiempo. Muchos otros fueron detenidos y emplazados ante el concilio de París que presidía Pedro de Corbeille, arzobispo de Sens (1210).

El concilio decretó que el cuerpo del profesor Amauri fuera exhumado y arrojado fuera del cementerio, y su memoria excomulgada en todas las parroquias de la provincia de Sens. De los sectarios, unos fueron degradados y entregados al brazo secular, una docena de ellos para ser quemados en la llanura de los Champeaux; otros fueron condenados á prisión perpetua. No se perdonó más que á las mujeres y los niños. Los cuadernos del profesor David de Dinant fueron quemados públicamente. Se prohibió, so pena de excomunió, estudiar en las escuelas la filosofía natural de Aristóteles y los comentarios que había hecho Averroes de la misma. Finalmente, declaró el concilio tener por heréticos á todos aquellos en cuyas casas se encontraran traducidos al francés el *Credo* y el *Pater noster*. Estas prohibiciones fueron renovadas en 1215 por el legado Roberto de Courçon.

Únicamente una pequeña minoría de espíritus atrevidos osaban atacar de frente á la religión. Pero ésta se resentía indirectamente de los golpes descargados sobre sus ministros. La guerra hecha á la Iglesia, á sus privilegios, á su poderío por los mismos que conservaban la fe, se extendía y hacía más violenta que nunca.

Los burgueses, por lo menos los de las ciudades libres, son los enemigos naturales de los clérigos. La revolución municipal, ya verificada principalmente en las villas de Iglesia, ha tenido que combatir á los obispos, á los capítulos ó á los abades, en los períodos de insurrección, para arrancarles la libertad. Pero, ya libres, encuentran siempre delante de sí los municipios, el dominio, la jurisdicción y los privilegios eclesiásticos. Continúan, pues, la lucha, que se manifiesta por medio de procesos ante los tribunales, ó por la reyerta en las calles. Ya hemos hablado de la revuelta que ensangrentó Noyón en 1222 (2). En 1226 las gentes del municipio de Newport, cerca de Dunkerque, estaban en conflicto con los canónigos de Santa Valburga de Furnes, á propósito del diezmo sobre el pescado. Habiéndose presentado para recibirlo los delegados del cabildo, el populacho se arroja sobre ellos, mata dos sacerdotes y hiere á un clérigo.

Se comprende que el predicador Jaime de Vitri, en su sermón dirigido á los burgueses, haya arrojado, después de tantos otros eclesiásticos, el anatema sobre las ciudades libres. «Si se fuerza á los ladrones y usureros á devolver sus rapiñas, ¿cómo no debería obligarse á la restitución de los derechos robados á esos municipios inficionados y brutales, que no se contentan con abrumar á los nobles en su recinto, sino que usurpan los derechos

(2) Véase anteriormente en la página 98.

de la Iglesia, destruyen y absorben por inicuas constituciones la libertad eclesiástica? Esta raza de hombres detestable corre entera á su perdición. Entre ellos, pocos, muy pocos serán salvos: todos caminan á grandes pasos hacia el infierno. El municipio es un animal cuya cola termina en punta para perjudicar á propios y extraños, pero cuyas múltiples cabezas se levantan unas contra otras. Porque en un mismo municipio sólo existen envidias. Sólo saben calumniarse, suplantarse, engañarse, provocarse y apabullarse mutuamente. En lo exterior, la guerra; dentro, el terror. Pero lo que está por encima de todo lo abominable en estas Babilonias modernas, es que no existe municipio donde la herejía no encuentre sus fautores, sus sospechosos, sus defensores y sus creyentes.»

Los nobles no tratan mejor al clero. No hay campaña donde el torreón del castellano deje de ser un peligro para el monasterio vecino; no hay ciudad donde el conde no se encuentre en contradicción con el capítulo ó el obispo. El enorme bandolerismo, al que se entregan los grandes y pequeños señores en tierras de la Iglesia y que es tan antiguo como el régimen feudal, no parece próximo á acabarse. Pero se ven ahora algo más que pillajes de castellanos necesitados: en los rangos superiores del feudalismo, los barones se quejan de que su soberanía pública y judicial se vea embargada por los tribunales de la Iglesia y el poder temporal de los preladados. Ya les hemos mostrado rodeando á Felipe Augusto, en 1205, para protestar contra el desenvolvimiento exagerado de la jurisdicción eclesiástica. La Iglesia se defiende por la excomunió y el interdicto; pero las armas espirituales, de las que abusa (1), comienzan á mellarse. El noble resiste más al anatema: la guerra entre feudales y preladados parece tomar un carácter de más marcada y odiosa aspereza.

Pedro de Dreuy, conde de Bretaña, merece su sobrenombre Mauclerc (mal clérigo); pasa su vida combatiendo á la Iglesia, más poderosa en Bretaña, es verdad, que en otra parte cualquiera. En este país el clero parroquial percibía, además del diezmo, las contribuciones abusivas del *tierçage* (impuesto sobre la tercera parte de las sucesiones mobiliarias) y del *past nuptial* (derecho sobre los matrimonios). Los obispos gozaban de derechos casi reales y pretendían no reconocer la soberanía del conde. Por eso, desde 1217, Pedro de Dreux hace una guerra muy viva al obispo de Nantes. Deja á sus agentes saquear é incendiar las casas episcopales, apoderarse de las tierras y de las rentas, encarcelar, maltratar y aun torturar á los clérigos. El obispo y su capítulo, obligados á abandonar la Bretaña, buscan refugio en las diócesis vecinas.

(1) No se trata, en las crónicas y en las correspondencias epistolares ó cartularios de los obispados ó abadías, de otra cosa que de los barones excomulgados ó cuyas tierras están en entredicho. Los condes de Champaña se contaban entre los altos barones que mejor mantenían el orden en su señoría y se mostraban más respetuosos con la Iglesia, con sus personas y sus bienes. La condesa Blanca de Navarra y su hijo Thibaut IV no eran ni perseguidores ni bandidos. Y sin embargo, se conocen por lo menos siete sentencias de excomunió lanzadas contra ellos por los obispos de Champaña. Bastaba que los oficiales del conde hicieran un robo en los bienes de una abadía ó capítulo para que se le excomulgara. Inocencio III tuvo que invitar á los obispos á moderarse, y Honorio III anula una sentencia de excomunió pronunciada contra la condesa Blanca por el abad de Saint-Denis.

Excomulgado multitud de veces por su víctima, Pedro de Dreux llega á desafiar al papa. Honorio III, en 1218, le reprocha sus malas acciones y le invita á abstenerse «de esas obras de muerte que le acarrearán, si no se arrepiente, la condenación eterna;» su resistencia á la excomunió, téngalo muy en cuenta, le expone á sospecha de herejía. En todo caso, si persiste en su actitud, la propia autoridad apostólica le herirá, y llegará, si es necesario, á librar á sus súbditos y vasallos del juramento de fidelidad. «Abre los ojos, le dice el papa para terminar, y cuida de sentar el pie en un despeñadero á tal punto peligroso que no podrás ya retirarte.» La excomunió y el interdicto no le fueron levantados sino después de la plena sumisión del conde, el 28 de enero de 1220. Las condiciones que se le impusieron fueron severas. Restituyó todo lo que había robado, desaprobó y prometió castigar por sí mismo á sus agentes, indemnizó á cuantos súbditos episcopales habían sido perjudicados en la guerra, renunció á recibir todos sus homenajes y, finalmente, se obligó á volver á colocar al obispo de Nantes y á su iglesia en la misma situación en que se hallaban antes de romperse las hostilidades.

El conde de Auxerre, Pedro de Courtenay, estaba en lucha con el obispo de Auxerre, Hugo de Noyers, que le excomulgó. Cuantas veces el conde se disponía á entrar en la ciudad, las campanas de la gran iglesia tocaban á todo vuelo para prevenir á los habitantes y al clero. Entonces las iglesias se cerraban, el servicio religioso se interrumpía rigurosamente y la ciudad se llenaba de luto. Cuando salía el conde, se repetía el campaneo; los santuarios volvían á abrirse y se restablecía la vida normal. «No podía, dice el cronista, entrar ni salir de la villa, que le pertenecía, sin gran confusión suya, y sobre todo, no podía prolongar allí su estancia á causa del clamoreo de las gentes.» Para vengarse, Pedro de Courtenay destruyó las iglesias del obispo, saqueó sus dominios é hizo arrancar los ojos á sus vasallos.

En 1203 habitaba en Auxerre: se estaba, por consiguiente, bajo el régimen del interdicto. El clero se había negado á dar á un infante sepultura eclesiástica. La madre, gritando y llorando, fué á elevar queja al conde. Este ordenó á sus oficiales tomar con ellos el cadáver y forzar el palacio episcopal, enterrando al infante en la alcoba del obispo, delante de su cama. Luego fueron expulsados de Auxerre el obispo y los canónigos. Para hacer ceder á Pedro de Courtenay, fué necesaria la intervención de Felipe Augusto y de Inocencio III. Pero la turba que asistió á la pública confesión gozó de un extraño espectáculo: el conde de Auxerre, con los pies descalzos y en camisa, debió ir á la alcoba del obispo, desenterrar con sus propias manos el cadáver del niño enterrado algunos meses antes, y transportar sobre sus espaldas aquellos restos nauseabundos desde el palacio episcopal al cementerio.

El furor de la lucha y la exasperación de los espíritus podían ir más lejos todavía. El asesinato de los abades y obispos por los nobles se hace un caso bastante frecuente. Así perecen el abad de San Pedro de la Couture en 1211, el abad de Saint-Mich en el Laonnais en 1219, y el prior de Felletin en 1222. En 1220, el obispo de Pui, Roberto de Mehún, después de haber man-

tenido una guerra implacable contra sus vasallos y burgueses, fué muerto por un caballero á quien había excomulgado.

Las tendencias hostiles á la Iglesia comenzaban á manifestarse en la literatura. El principio de la *Chanson des Lorrains* demuestra que el feudalismo no perdonaba á los prelados ni sus riquezas, ni la dificultad con que se tropezaba al quererles hacer participar de las cargas públicas. La sátira del clero parroquial, que llena aquellos cantos, no nace solamente de la irreverencia libre; se encuentra allí además un sentimiento de odio y de ferocidad llevado con frecuencia á la exageración. Finalmente, si la censura de la Iglesia por sus propios miembros, canónigos ó monjes, era ya tradición antigua, la aspereza de los ataques dirigidos contra toda la sociedad eclesiástica, y sobre todo contra sus jefes, por el monje Guyot de Provins en su *Biblia*, escrita á comienzos del siglo XIII, se sale de todos los límites conocidos. Ningún herético ha hablado de Roma como habla este benedictino: «Roma nos chupa y nos engulle (nos devora); Roma destruye y mata todo. Roma es la fuente de maldad de donde salen todos los malos vicios. Es un vivero lleno de putrefacción.»

El siglo de Felipe Augusto es todavía una época de fe; pero el espíritu de oposición á la Iglesia ha nacido; se alimenta en los hogares de la herejía y del libre examen; se nutre de los odios de la burguesía militante y de los odios y avaricias de la nobleza; inspira en algunas ocasiones, ya lo hemos dicho, la política de un rey absoluto.

## CAPÍTULO II

### LA IGLESIA SECULAR

I. El episcopado. Las catedrales. — II. El clero utilitario y el clero humanista. — III. La escuela de París. Profesores y estudiantes. — IV. El Papado y el movimiento universitario. Los comienzos de la Universidad de París.

#### I.—El episcopado. Las catedrales (1)

Si hubiéramos de fiarnos de los predicadores y polemistas de aquel tiempo, el episcopado francés atravesaba una profunda decadencia. «Los obispos, dice Geoffroi de Troyes, son lobos y zorros hechos señores. Halagan y seducen para hacer extorsión. La avaricia les devora, y les enciende el deseo de poseer. En lugar de ser los amigos y protectores de las iglesias, son sus despojadores. Las despojan, venden los sacramentos y violan la justicia. Su única regla es su propia voluntad. Vedles caminar: tienen erguida la cabeza, el continente cruel, los ojos feroces, la palabra dura. Todo respira orgullo en sus personas. Su conducta es la ruina de las buenas costumbres; su vida es la misma iniquidad. Quieren ser un

(1) OBRAS DE CONSULTA.—P. Fournier, *Les Officialités au Moyen âge, étude sur l'organisation, la compétence et la procédure des tribunaux ecclésiastiques ordinaires en France de 1180 à 1328*, 1880. Victor Mortet, *Maurice de Sully*, 1890. Anthyme Saint-Paul, *Histoire monumentale de la France*, tercera edición, 1888. Male, *L'art religieux au XIII<sup>e</sup> siècle*, 1898. Kraus, *Geschichte der christlichen Kunst*, 1895-1897. G. Dehio y G. von Bezold, *Die kirchliche Baukunst des Abendlandes*, 1884. Gonsse, *L'art gothique*, 1890. Berthelé, *L'architecture Plantagenet*, en las *Recherches pour servir à l'histoire des arts en Poitou*, 1889.

objeto de terror para sus ovejas, y olvidan que son médicos y no soberanos.» Adán de Perseigne compara la vida de los clérigos con la de Cristo. «Él sufrió y ellos viven en las delicias; Él llevó un cilicio y ellos llevan vestimentas de seda. Con el patrimonio del Crucificado entretienen su lujo y su orgullo. Se preocupan, no de sus almas, sino de sus pájaros de caza. Cuidan, no á los pobres, sino á sus perros. Juegan á los dados en lugar de administrar los sacramentos. Hacen de los lugares santos un campo de mercado, una guarida de bandidos.»

Pedro de Blois se irrita sobre todo contra los jueces y administradores de los obispos, los *oficiales*, que reemplazaban al prelado en su tribunal y le descargaban en parte del cuidado de los negocios. Instituídos recientemente esos agentes, revocables á voluntad, representaban en la diócesis la unidad de dirección y de autoridad, singularmente comprometida por los caprichos de los archidiaconos; pero igualmente abusaron de su poder. «Tienen un solo pensamiento: oprimir, tundir, degollar á los diocesanos. Son las sanguijuelas del obispo ó las esponjas que oprime de vez en cuando. Todo el dinero que arrancan á los pobres sirve para los placeres y delicadezas de la vida episcopal. Estos lebreles cazadores de sílabas, hábiles en coger entre sus redes al desdichado pleiteante, interpretan la ley á su manera y tratan la justicia como déspotas. Rompen los contratos, nutren los odios, deshacen los matrimonios, protegen el adulterio, penetran como inquisidores en lo interior de los hogares, difaman á los inocentes y absuelven á los culpables. En una palabra, estos hijos de la avaricia todo lo hacen por el dinero. Se venden por sí mismos al diablo.»

Los documentos oficiales testifican que muchos obispos arrastraban una vida poco ejemplar. Los decretos de los dos concilios habidos en París el uno (1212), y el otro en Montpellier en 1214, contienen idénticas prescripciones é idénticas prohibiciones, informándonos de esta manera, indirectamente, acerca de la vida episcopal. Se ordena á los obispos llevar el hábito y la tonsura de su orden. Se les prohíbe usar arcos de lujo, sillitas pintadas y frenos dorados, jugar á juegos de azar, ir á caza, jurar ó permitir que se jure cerca de ellos, introducir hasta su mesa histriones y músicos, oír mañanitas en la cama, hablar de frivolidades durante el oficio y excomulgar sin razón fundada. No deben abandonar su residencia y deben convocar su sínodo una vez al año por lo menos, no llevando en sus visitas diocesanas un numeroso séquito, carga demasiado pesada para los que habían de recibirlos. Se les prohíbe recibir dinero para conferir las órdenes, para tolerar el concubinato de los sacerdotes, para dispensar de las amonestaciones de matrimonios, para no excomulgar á los culpables. Se les prohíbe, finalmente, dejar celebrar matrimonios ilícitos y anular testamentos legítimos; tolerar que se dance en sitios sagrados, que se celebre en la catedral la fiesta de los locos, que se proceda en su presencia al duelo judicial y al juicio de Dios.

No es conveniente creer en absoluto, bajo su palabra, á los predicadores, más inclinados á ver el mal que el bien, ni deducir de las prescripciones conciliares que fueran deplorables, en general, las costumbres de la Iglesia. Es, sin embargo, muy cierto que, á pesar de las

grandes reformas de la Edad anterior, el episcopado continuaba siendo feudal en parte. Muchos prelados pertenecían á la clase noble todavía y vivían como castellanos.

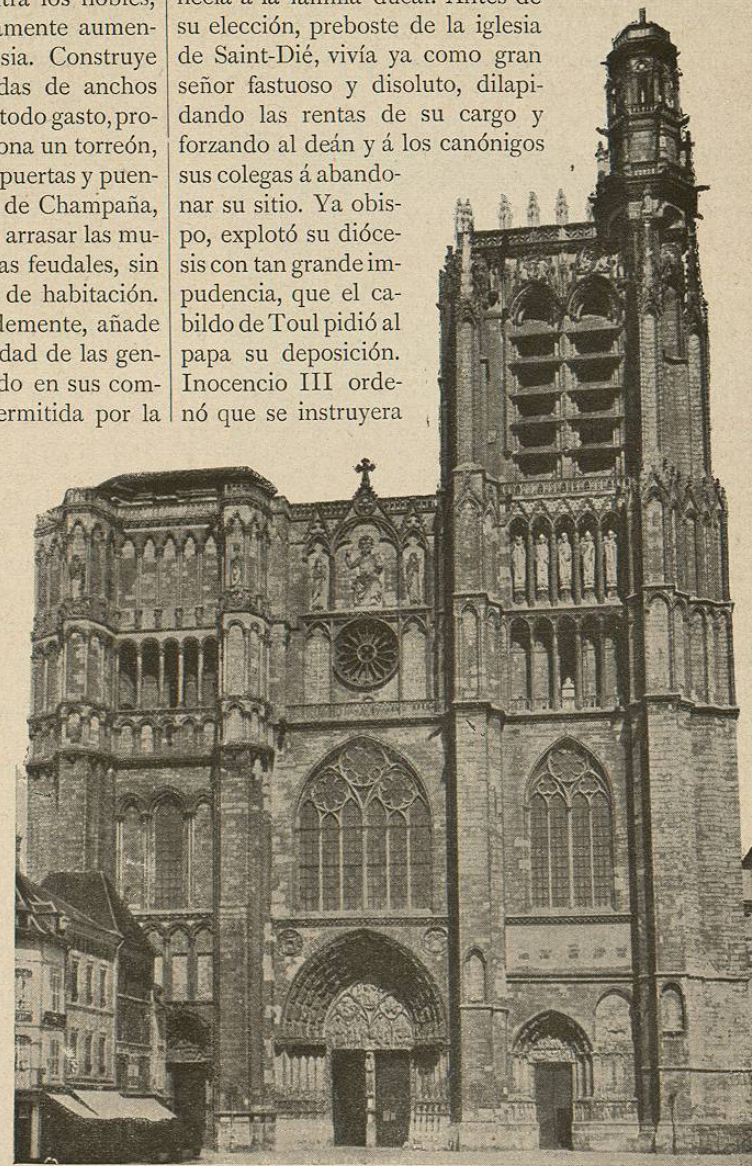
El obispo de Auxerre, Hugo de Noyers, es el prototipo del obispo guerrero que lucha contra los nobles, hace frente al mismo rey y procura duramente aumentar el territorio y las rentas de su iglesia. Construye viviendas, verdaderas fortalezas, «rodeadas de anchos fosos, hasta donde es conducida el agua á todo gasto, protegidas de enormes empalizadas que corona un torreón, y guarnecidas de muros con torrecillas, puertas y puentes levadizos.» Un día, Thibaut, conde de Champaña, en uso de su derecho de soberano, hizo arrasar las murallas y las torres de una de esas guaridas feudales, sin dejar otra cosa en pie que los lugares de habitación. «El obispo de Auxerre derrochaba grandemente, añade el cronista del obispado; amaba la sociedad de las gentes de armas y de los caballeros, tomando en sus combates y ejercicios mayor parte de la permitida por la gravedad del sacerdocio. Era muy letrado, gran lector de libros, y descansaba de sus trabajos en el estudio de ellos cuando le sobraba tiempo. Muy activo cuando se trataba de sus intereses, se mezclaba poco en los ajenos, y fué duro para con sus súbditos, á quienes colmó de exacciones intolerables.»

En Narbona el arzobispo Berenguer II (1192-1211) es de aquellos que, según expresión de Inocencio III, «no conocen otro Dios que el dinero y tienen una bolsa en el lugar del corazón.» Pone precio á todo, aun á las consagraciones episcopales. Cuando queda vacante una iglesia, se abstiene de señalarle un titular, con el fin de disfrutar de sus rentas. Reduce á la mitad el número de los canónigos de Narbona para apropiarse las prebendas, y llega á retener en su mano los archidiaconatos vacantes. En su diócesis «se ve, escribe el papa en 1204, á los monjes y á los canónigos colgar los hábitos, tomar mujer, vivir de la usura y hacerse abogados, charlatanes ó médicos.» Seis años después Berenguer no se había corregido: Inocencio III continuaba rogando á sus legados que utilizaran la censura eclesiástica contra él y contra su colega, el arzobispo de Auch, que, al parecer, se le asemejaba.

Helio I, arzobispo de Burdeos (1187-1206), hermano de un jefe de banda gascona, gran valido de Enrique II y de Ricardo, vivía rodeado de soldados é imponía á su diócesis sacrificios pecuniarios. Ya hemos dicho más arriba que el papa le acusaba de repartirse los beneficios con sus bandas. Un día se instaló Helio en la abadía de Saint-Irieix con sus aventureros, sus caballos, sus perros de caza y sus cortesanas, llevando una vida tal, á expensas de los habitantes y de los monjes, que, después de su partida, los unos y los otros, despojados de todo, estuvieron á punto de morir de hambre. En

carta de 1205 Inocencio III le compara á un árbol corrompido y estéril que se complace en su podredumbre como la mula en su estercolero.

El más extraordinario obispo de estos tiempos fué Mateo de Lorena, obispo de Toul (1198-1210). Pertenecía á la familia ducal. Antes de su elección, preboste de la iglesia de Saint-Dié, vivía ya como gran señor fastuoso y disoluto, dilapidando las rentas de su cargo y forzando al deán y á los canónigos sus colegas á abandonar su sitio. Ya obispo, explotó su diócesis con tan grande impudencia, que el cabildo de Toul pidió al papa su deposición. Inocencio III ordenó que se instruyera



Fachada de la catedral de Sens

un proceso; pero la víspera del día en que Mateo debía comparecer, el deán de Toul fué prendido por sus soldados, colocado sobre un asno, con los pies atados bajo el vientre del animal, y conducido al obispo, que le hizo encerrar y encadenar en una cárcel. Un legado del papa excomulgó á Mateo, pero fueron precisos ocho años (1202-1210) para que la sentencia de deposición se hiciera definitiva y pudieran los fieles de Toul escoger otro obispo. Durante el proceso interminable, había construído Mateo sobre las alturas que dominan Saint-Dié un castillo desde el cual saqueaba todo el país. El duque de Lorena, su pariente, se vió en la precisión de ir á demolerlo por sí mismo. Expulsado finalmente de su dominio, retiróse Mateo á una pequeña ermita, en plena selva, donde vivió de la caza y